

## **Arrieros del Antropoceno en los Andes de Chile central: nuevas movilidades para continuar habitando las montañas\***

### **Muleteers (Arrieros) of the Anthropocene in the Central Chilean Andes: New Mobilities for Dwelling in the Mountains**

REBUT: 20.12.2021 // ACCEPTAT: 21.11.2022

Jorge Razeto  
*Universidad de Chile*

Isidora Lea-Plaza  
*CIEM Aconcagua*

Juan Carlos Skewes  
*Universidad Alberto Hurtado*

#### **Resumen**

Se relevan algunas formas en que las comunidades arrieras de las montañas andinas de Chile central, a través de la redefinición de la gestión, control y significado que dan a sus territorios y los itinerarios trashumantes, responden a los desafíos del llamado Antropoceno. Sus movilidades refieren a las dinámicas propias e inherentes de la actividad trashumante, así como a las posiciones relativas y cambiantes que las comunidades ocupan en la trama de tensiones económicas, sociales, culturales y ambientales que las envuelven. Estas cordilleras andinas son escenarios tensionados y una parte significativa de ellas pertenece bajo régimen de propiedad colectiva a comunidades ganaderas locales, cuyos orígenes se remontan a tempranas ocupaciones coloniales por parte de pueblos indígenas, arrieros independientes, fugitivos y contrabandistas. Comunidades arrieras que se ven hoy forzadas a redefinir sus movilidades en función de complejos procesos de transformación. Sus sentidos de arraigo, tradición y soberanía se confrontan con la intervención extractivista, la presión modernizadora y las variaciones en los regímenes hídricos producto del cambio global. Su comprensión puede ser establecida tanto como procesos adaptativos reversivos, o bien como comportamientos estratégicos resilientes. Son los tiempos del antropoceno que los alcanzan.

**Palabras clave:** comunidades arrieras; montañas andinas; movilidades; etnografía

#### **Abstract**

Livestock communities of the central Chilean Andes show how the redefinition of the management, control, and meaning they give to their territories and transhumant itineraries, respond to the challenges of the Anthropocene. Their shifting mobility, associated with their own and inherent dynamics of the transhumant activity, adapt to the relative and changing positions they occupy in the web of economic, social, cultural, and environmental tensions surrounding them. The Andean ranges are highly stressed scenarios. Under the collective property, the regime belongs to local livestock communities, whose origins date back to indigenous peoples' early colonial occupations, independents muleteers, fugitives and smugglers. Today, these communities face challenges due to global change due to complex transformation processes. Such challenges force them to redefine. Extractivist intervention, modernizing pressure, and variations in water associated with global change challenge their sense of communal identity, cultural traditions, and sovereignty, stimulating either reverse adaptive processes or resilient strategic practices. The times of the Anthropocene have reached them.

**Keywords:** livestock communities; Andean mountains; mobilities; ethnography

\* Este artículo se enmarca en el proyecto Fondecyt 1210680: *Lecciones para habitar el futuro: Los pueblos de la Cordillera de Los Andes de Chile central frente al cambio climático y la expansión extractivista*. En particular agradecemos a las personas aquí citadas quienes han consentido el uso de sus nombres personales y con quienes mantenemos una relación de largo aliento en el territorio.

## ***Premisas y contextos***

En este artículo se relevan las formas cómo las comunidades arrieras de las montañas andinas de Chile central, a través de la redefinición de la gestión, control y significado que dan a sus territorios y los itinerarios de la trashumancia, responden a los desafíos del Antropoceno. Sus movilidades refieren a las dinámicas propias e inherentes de la actividad trashumante, así como a las posiciones relativas y cambiantes que las comunidades ocupan en la trama de tensiones económicas, sociales, culturales y ambientales que las envuelven.

Estas cordilleras andinas son escenarios tensionados y una parte significativa de ellas pertenece a comunidades ganaderas locales. Desde hace al menos un siglo, estas comunidades corresponden a un régimen particular de propiedad colectiva de tierras; pero son usuarias consuetudinarias de enormes extensiones de alta cordillera, cuyos orígenes se remontan a tempranas ocupaciones coloniales por parte de pueblos indígenas, arrieros libres, fugitivos y contrabandistas. En un escenario de profundas transformaciones, estas comunidades, residentes habituales de las montañas, se ven hoy forzadas a redefinir sus movilidades.

Sus sentidos de arraigo, tradición y soberanía se confrontan con la intervención extractivista, la presión modernizadora y las variaciones en los regímenes hídricos producto del cambio global, en nuevos escenarios que reformulan sus itinerarios y territorios. Sus prácticas trashumantes oscilan en el antropoceno, entre procesos adaptativos y comportamientos estratégicos resilientes. El antropoceno, como Crutzen & Stoermer (2000) lo destacan, marca la transición hacia una era geológica en la que la acción antrópica ha pasado a gravitar como fuente del cambio climático. Se trata de la consecuencia de “un tipo singular de antropización asociada al éxito y expansión planetaria de la revolución termoindustrial” (Cometti, 2020, p. 9).

La actividad ganadera trashumante, dependiente de los pastos para la alimentación de los animales, se vuelve especialmente sensible a las variaciones de los regímenes pluviales y nivales. La disponibilidad de pastizales en las cordilleras durante el período estival depende de las veranadas que, en el caso de esta región del mundo, se inician en el mes de diciembre y se prolongan hasta fines de marzo de cada año. No obstante, la disponibilidad de agua en cada temporada, y las condiciones que influyen en la práctica de la trashumancia no dependen exclusivamente de las variaciones climáticas. Los acomodos socioambientales que permiten a los arrieros mantener la ganadería como una práctica de vida dan cuenta de aspectos no siempre incluidos en la reflexión. La crisis planetaria y el antropoceno mismo son producto de un tipo particular de desarrollo de las fuerzas productivas orientadas a intensificar los procesos extractivistas a objeto de asegurar la mayor tasa de retorno de capitales en el menor tiempo posible, por lo que hay autores que optan por describir esta era como la del capitaloceno (Moore, 2016). Más allá de la discusión conceptual, interesa subrayar las dimensiones sociales y culturales que intervienen en el modelado de la tierra de la que las sociedades son finalmente dependientes; en el entrevero de las prácticas productivas y las configuraciones paisajísticas resultantes.

El extractivismo ha sido el modo económico al que mayor atención se ha prestado en el desarrollo en Latinoamérica por el efecto devastador que acarrea consigo (Gudynas, 2009). En su forma clásica, se caracteriza por la explotación intensiva de la naturaleza, por el bajo procesamiento de materias primas y por el destino de sus productos a la exportación (Portillos, 2014). Las formas

contemporáneas de extractivismo incorporan al Estado como protagonista fundamental en la explotación de los recursos naturales, quien genera condiciones privilegiadas para su desarrollo, incluyendo aspectos normativos, infraestructura y regulación de la conflictividad social asociada al impacto de la inversión privada (Gudynas, 2009; Portillos, 2014).

Aunque innegable, el impacto devastador de la economía extractivista encuentra en sus márgenes o en sus despojos brotes de resistencia y de reconfiguración de los paisajes locales. La obra de Tsing (2015) invita a prestar atención etnográfica a las modalidades de regeneración de los espacios locales invadidos o perturbados por la intervención externa. La configuración de los paisajes locales no siempre responde mecánicamente a intervenciones extractivistas como las descritas. Las respuestas locales a los procesos de devastación cobran, en este sentido, un inusitado valor (Skewes, 2019). Estas paradojas invitan a “la antropología a cuestionar y analizar las respuestas cosmopolíticas que las sociedades consideradas ‘no modernas’ despliegan frente a esta crisis ecológica planetaria (Cometti, 2020, p. 9). Desde esta perspectiva conviene concebir los paisajes como los resultados emergentes que fluyen del encuentro entre trayectorias de seres humanos y no humanos que se articulan en función de las ontologías que inspiran a los humanos en particular (Skewes et al., 2014); siendo preciso definir la manera como se establecen estas relaciones. Los paisajes, tal como lo sugieren Pazzarelli & Lema, son vivos, y “‘vida’ es otra forma de decir ‘relación’” (2018, p. 309-10). De aquí que la variabilidad del paisaje ha de considerarse en función de las formas equívocas y conflictivas que lo constituyen, abordando simétricamente los múltiples modos en que nuestros interlocutores piensan sobre y con la vida de las cordilleras. En definitiva, se trata menos de dar una definición convincente de lo que el paisaje es o no es, sino más bien ocuparse de atender a los modos locales que complican el camino hacia esa definición.

Para los efectos de este estudio se han tomado como referencia los paisajes de montaña articulados por los arrieros y el ganado. La etnografía se centra en la problematización de las dimensiones críticas de estos paisajes que incluyen los patrones de ocupación territorial y la movilidad, y se basa en relatos recopilados por entrevistas en profundidad realizadas entre los años 2015 y 2022, en diferentes contextos investigativos y de acompañamiento de las comunidades situadas en el territorio analizado. En la trama de una relación largamente cultivada con los arrieros y sus familias en las localidades consideradas, se profundizó en las transformaciones ocurridas en el último decenio, asociadas a la acción combinada de crisis hídrica y expansión extractivista. Las personas entrevistadas han sido por largo tiempo nuestros interlocutores y las conversaciones se han extendido en estos años. Entre ellos se cuentan Humberto Ortega y Domingo Contreras, comuneros de la Comunidad Campos de Ahumada; Hugo Arancibia, capataz de arriero Ganadera Tongoy en Putaendo; Juan Alfaro, arriero talajero de localidad El Higueral; Rubén Muñoz, presidente Comunidad Campos de Jahuel y capataz de veranada; Ricardo Figueroa, capataz Ganadera Tongoy, localidad de Río Blanco; Rufino Vásquez y Casimiro Vásquez, arrieros independientes, localidad de Río Colorado; Tito Alfaro, comunero, Cano Gallegos de Río Colorado; Segundo Chávez, Pamela Silva, Guillermo Ibaceta y Andrés Silva, arrieros dirigentes Comunidad Campos de Jahuel; Elisa Ibaceta, hija y nieta de comuneros, Comunidad de Jahuel.



A continuación, intentamos establecer algunos parámetros empíricos, para descifrar cambios en las movilidades como recurso estratégico orientado a dar continuidad a la experiencia e identidad arriera comunitaria en Aconcagua. El dinamismo arriero permite sortear los escollos derivados de las pérdidas efectivas que implican las inevitables transformaciones del paisaje, las variaciones demográficas consecuentes tanto de despoblamiento como repoblamiento y renovación de población local, y de las transiciones educacionales que a su vez redefinen los escenarios culturales. Nos acercamos a ejercicios de continuidad y reconversión productiva, defensa de aguas y territorios, incipientes impulsos de etnogénesis y conservación ambiental, comprendidos como respuestas de una arriería montañesa amenazada por transformaciones climáticas, socioeconómicas y culturales globales. Trazas de adaptación y resiliencia analizadas aquí como oportunidad de aprendizaje social desde lo local.

### ***Comunidades agro-ganaderas***

Las cordilleras andinas en Chile central son escenarios tensionados y una parte significativa de ellas pertenece a comunidades ganaderas locales; comunidades usuarias inveteradas de vastas extensiones de alta cordillera, cuyos orígenes se remontan a tempranas ocupaciones coloniales (siglos XVII y XVIII). Se trata de tierras marginales al dominio hacendal de los valles que caracteriza la época colonial, cuya comprensión parece imposible sin referir a su trayectoria ocupacional.

El territorio de análisis se ubica en torno al paralelo 32° de la cordillera de los Andes en una altitud que oscila entre 1.200 msnm hasta las cumbres que alcanzan los 6.000 msnm. La orografía del territorio estudiado está delimitada por sus cursos de agua y las montañas que los dividen, conformando altas cuencas de orientación este-oeste, naciendo en las cumbres orientales de la cordillera de los Andes, para fluir abrupta, zigzagueante y torrenciosamente hacia los valles de las provincias de San Felipe y Los Andes. Tierras agrestes, antaño de escaso valor comercial y bajo potencial productivo, con dificultades para la ocupación humana, aunque virtuosa capacidad de talaje en épocas estivales para el establecimiento de ganadería trashumante. Posiblemente sus primeros ocupantes coloniales basaban sus recorridos en una combinación de escondite fructífero y la posibilidad de obtener algunos recursos económicos de sobrevivencia que, con el devenir de la historia y los tiempos, llegaron a ser arrieros especializados por el conocimiento de las cordilleras y los pasos fronterizos transcordilleranos (Razeto, 2016). De manera paralela se verifica el control de los valles y tierras privilegiadas por parte de una aristocracia hacendal, que de manera monolítica gestionó grandes haciendas y latifundios durante más de 300 años, combinando una generosa agricultura, con una ganadería complementaria que le dio significativos dividendos (Baraona et al., 1961), estableciendo una limitada soberanía sobre los territorios de montaña, dada la presencia de facto establecida por los arrieros libres.

Diferentes condiciones sociopolíticas y económicas generan un declive del auge ganadero de la gran hacienda en los albores de la República hacia 1810 (Bengoia, 1988); y durante el siglo XIX, las montañas quedan progresivamente sin el control patronal, el cual es cambiado por mayor presencia estatal, con fines de control aduanero y cobro de impuestos fronterizos (Michieli, 1992; Lacoste, 2008), estableciendo oportunidad para que los ganaderos libres fueran apropiándose de este

vasto territorio agreste. La intensa y compleja estructura ganadera establecida sin soporte legal por parte de los ganaderos pobres se proyecta con cierta continuidad por al menos 200 años, conformando “comunidades de hecho”, dada la obligatoria dinámica colectiva que significaba el manejo ganadero trashumante y el control territorial (Razeto, 2016) (Foto 1 y 2).



**Foto 1: Cumbre de paso Uspallata, hacia 1930. Fuente: [www.memoriachilena.gob.cl](http://www.memoriachilena.gob.cl)  
Foto 2: Antiguas travesías de montaña. Fuente: J. Razeto**

Estas comunidades de hecho, conformadas preferentemente por pobres “naturalizados”, ocupantes de terrenos aparentemente de nadie, cuya figura genérica de arrieros se mantuvo relativamente estable durante varios siglos, logran durante la primera mitad del siglo XX que una parte de estas montañas les fueran asignadas bajo formato de propiedad colectiva en la figura legal de comunidades agrícolas (Solís de Ovando, 2004, p. 9). Grandes extensiones montañosas, que oscilan entre las 2.000 y las 200.000 hectáreas, pasan a ser gestionadas legalmente de manera comunitaria, estableciendo cierta formalidad sobre prácticas consuetudinarias que no necesitaban de ella para controlar y establecer soberanías sobre sus territorios de vida y trabajo.

La posibilidad de contar con el reconocimiento legal de la propiedad comunitaria los lleva a construir un vínculo diferente con esos territorios, incorporando un sentido de responsabilidad posiblemente desconocido. La inscripción de tierras, la realización de asambleas, los libros de registros, las listas de asistencia y la fiscalización estatal, les fuerza a avanzar en una arena ignorada: aquella de la parafernalia pública. Son propietarios de sus tierras y debieron hacerse cargo de ellas en cuanto titulares de derecho. Como señala Humberto Ortega:

“Contaba mi abuelo que la alegría les duró poco, pues de un momento a otro tenían que hacer papeleos, reuniones, elegir presidente, no bastaba con el capataz, firmar cosas que no entendían pues ni sabían leer... siempre estuvieron recorriendo estos cerros, pero de ahí a ser los dueños era otra cosa”.

La alegría y seguridad que devienen de la legitimación de la propiedad comunitaria, no tardan en complejizarse en requerimientos de titularidad de sus dominios, incluyendo el pago de impuestos y la sucesión hereditaria, lo que se traduce en tensiones asociadas a la fragmentación y a la dependencia de actores externos que implicó la burocracia pública.

### **Movilidades clásicas**

La esencia de la arriería ha sido y sigue siendo su movilidad, particularmente en estas cordilleras donde el modo trashumante se adapta a las condiciones climáticas marcadas por la estacionalidad. La trashumancia resulta consustancial a las actividades pastoriles familiares propias de ecosistemas mediterráneos, respondiendo a las bases topográficas y climáticas que hacen obligatorio el cambio estacional de pasturas que requieren para su manejo, de prácticas de cooperación colectiva (Baraona et al., 1961). Los sistemas ganaderos recurren a las veranadas para la alimentación, mantención y sobrevida de los animales sujetos de pastoreo durante la época estival. Por el contrario, el invierno tradicionalmente cubre de nieves las cordilleras por sobre la cota 1.200 msnm, lo que obliga al establecimiento de un sistema ganadero estacional, con alternancias de veranadas e invernadas, cada una en pisos ecológicos distintos.

La principal institución de esta modalidad de ganadería trashumante radica en el rodeo, que corresponde a una compleja y variada actividad colectiva que involucra a contingentes humanos y un número mucho mayor de vacunos (*Bos taurus*) y caballos (*Equus ferus caballus*). Los rodeos corresponden a las instancias articuladoras entre las veranadas y las invernadas, activando ciclos complejos de gestión ganadera. La veranada se inicia en los valles y laderas montañosas bajas, intentando alargar al máximo las bondades relativas primaverales. Animales descansados y deseablemente bien alimentados comienzan a percibir los rigores de la sequedad veraniega, por lo que activan una progresiva búsqueda de alimento, avanzando invariablemente hacia laderas de los cerros a los que acceden con autonomía en este periodo. En la medida que las nieves van cediendo, los animales pueden alcanzar las serranías, territorios intermedios entre la baja y la alta montaña, donde gráciles pastos permiten el alimento del ganado durante un periodo variable cada año. En la medida que estas serranías reciben la progresiva influencia del calor y sequedad veraniega, sus pastos se van acabando y su continuidad en ellas se hace insostenible (Foto 3).



**Foto 3: Arreo de Serranías, primavera 2016. Sector Potrero Alto. Río Blanco  
Fuente: J. Razeto**

Es entonces el momento del “repunte” (Baraona et al., 1961, p.110) o rodeo de “entra” (entrada a la cordillera) (Sapaj, sf), que tiene por objeto rodear y arrear los animales hacia los corrales desde las serranías, con el fin de realizar un catastro de los animales propios y separarlos según propietarios por un mecanismo de “aparta”, donde separan las vacas preñadas de las paridas, así como determinan los animales que serán vendidos o no están en condiciones de subir a la cordillera; incluyendo la selección de los animales de monta y carga (caballos, machos y mulas) aptos para la cabalgata y carga montañesa subsiguiente. Este rodeo se realiza normalmente durante el mes de noviembre,<sup>1</sup> y como todo manejo ganadero trashumante, es esencialmente cooperativo, amparado en los principios de la “minga”, vocablo que refiere genéricamente al trabajo colectivo en beneficio de la comunidad, siendo una faena eminentemente laboral, exhaustiva y propia de hombres adultos y jóvenes aprendices que trabajan en pequeñas cuadrillas o arreadas, prospectando de manera minuciosa el territorio recorrido. Este rodeo dura algunos días dependiendo de la cantidad de animales en cada serranía. Realizada la aparta y definidos los animales que subirán a las montañas, están en condiciones de iniciar la travesía mayor, que implica la veranada o “entra”, expresión máxima de movilidad que implica arrear colectivamente y durante varios días a los animales hacia las zonas de alta montaña (Foto 4), en algunos casos incluso superando los 3.500 msnm. Los animales permanecerán arriba varios meses en relativo aislamiento, alimentándose de las pasturas, más o menos generosas dependiendo del régimen invernal previo, ya que el contingente humano realizará el camino de vuelta a sus respectivos lugares de vida familiar.

---

<sup>1</sup> Cuyas fechas se organizan de manera coordinada entre comunidades vecinas para no superponer actividades, favoreciendo la cooperación entre ellas.





**Foto 4: Arreo de veranada Río Colorado, 2018**  
Fuente: G. Sapaj



**Foto 5: Cerro y glaciar Mercedario, 2015 (vertiente argentina). Fuente: J. Razeto**



**Foto 6: Vegas Portillo Piuquenes, 2015 (vertiente chilena). Fuente: J. Razeto**

Durante el periodo estival los arrieros realizan algunas visitas a las zonas altas de pastoreo, en grupos pequeños y con fines más recreativos que laborales. Quienes no están en condiciones de visitar sus rebaños en la montaña establecen relaciones de cooperación con quienes lo hacen. Estos eventos intermedios en la cordillera asumen formato de pequeños rodeos llamados de media o medianeros, haciendo honor al momento de su realización, con la intención de evitar la excesiva dispersión de los animales en la cordillera o que se acerquen a los hitos fronterizos, que delimitan cotas de exclusión ganadera, según acuerdos internacionales entre Chile y Argentina, así como respetar la normativa de altitud que evita el contagio de fiebre aftosa con animales del otro lado de la cordillera (Foto 5 y 6).

Ya durante marzo, los pastos escasean, los días se acortan y los fríos arrecian. Las vegas merman sus capacidades alimentarias y los arrieros se preparan para la extracción. Ocurre entonces el rodeo de baja o de “saca”, donde nuevamente se activa el sentido de cooperación, pues requiere de trabajo colectivo altamente coordinado, bajo la convicción que cada uno y todos los animales deben ser arreados hacia los valles, pues si permanecen en la montaña indefectiblemente morirán. Todos los arrieros cualquiera sea su lugar de partida se organizan para realizar los rodeos de bajada. Don Hugo Arancibia narra este momento, donde “cada uno hace su parte, aunque uno haga de capataz y deba organizar por donde cada arriero debe recorrer, los otros tienen muy clara su tarea y saben exactamente lo que deben hacer”. En esta compleja geografía, donde las movilidades resultan peligrosas y las comunicaciones resultan estratégicas, se despliega un escenario interactivo con un lenguaje tácito y efectivo, con señas y gritos cuya comprensión resultará fundamental para el éxito de la monumental faena. “Que la mula quedó atrás, que hay vacas de otro arriba en tal quebrada; los chiflidos campean, y así todos colaboran, independiente de quien sea el animal y quizás hasta de donde venga” (Juan Alfaro). Palabras y señas que evocan sentires y saberes comunitarios mantenidos durante generaciones.

Luego de arduas faenas de varios días o hasta semanas recorriendo y arreando cuanto animal encuentren por montañas y quebradas, las comitivas se reúnen culminando el rodeo propiamente tal, conduciendo los animales hacia “los bajos” en un lugar pactado con anticipación, normalmente arribando a unos grandes corrales, cerca de lugares habitados, destino de arreo de todo el ganado que llega, independientemente del lugar de salida (Foto 7). Esto es interesante para comprender las movilidades, dado que los animales durante el periodo cordillerano, pueden recorrer muchos kilómetros de manera longitudinal, cambiando de cuencas y subcuencas de manera consecutiva, verificándose que algunos animales son bajados en una cota de más de 100 kilómetros del lugar de subida, o viceversa. De esta manera se verifican movilidades autónomas de los animales, las cuales deben ser compensadas por sus propietarios para recuperarlos.

Los corrales resultan ser el escenario de cierre de la veranada, representando el fin del ciclo estival. Pronto llegará el invierno o periodo de “invernada” que marcará la interfase entre una y otra veranada. Los corrales son estructuras de piedra con una diversidad de recintos debidamente establecidos para realizar las faenas requeridas. Si bien en general mantienen una arquitectura similar, se pueden diferenciar en planta, según los requerimientos y necesidades de cada sector o cuenca montañosa significativa. Normalmente combinan espacios grandes y pequeños. Los grandes responden a sectores de referencia geográfica para el recibimiento general de los animales de uno u otro sector montañoso; mientras los pequeños responden a sectores de referencia por familia ganadera. Todos coinciden en disponer de un recinto circular o semi-circular denominado medialuna, cuya utilidad en los rodeos de entra y saca, permite la segregación de los animales por propietario. Por ello se denominan también corrales “de aparta”; escenario de despliegue fundamental de la gestión arriera.



**Foto 7: Corrales de La Laja Jahuel, rodeo de baja, otoño 2018**  
Fuente: G. Sapaj

### ***Despliegue de saberes***

A lo largo del ciclo ganadero y en todos los escenarios donde se despliega la arriería, aflora en plenitud la baqueanía, entendida como capacidad y conocimiento de las cordilleras. Escolar (1996) definió la baqueanía como un conjunto de saberes especialmente orientados a la administración del espacio y del tiempo en la cordillera, donde la distancia se calcula por el tiempo medio de marcha de caravanas, en función de las condiciones de cada trayecto.

Dicha definición es refrendada por los arrieros de la zona de estudio: “el baqueano es el que sabe” (Rubén Muñoz), el que toma decisiones relativas a la gestión de la relación espacio-temporal, que refiere a las capacidades de gestionar la movilidad en las cordilleras. Por estas razones, el liderazgo montañés es reconocido horizontalmente bajo la figura del capataz, arriero experimentado elegido por sus pares por sus condiciones de baqueano; es quien establece las rutas y caminos en cada sector montañoso y discierne indicios espaciales para resolver aspectos temporales, dependiendo de las condiciones climáticas y de variables relacionadas a los contingentes humanos y animales involucrados, entre muchas otras funciones.



**Foto 8: Campamento arriero, veranada 2016 vegas Chalaco**  
**Fuente: J. Razeto**

El ritmo de viaje, las rutas y lugares de pernoctación, dependerán de las condiciones de clima, visibilidad, temperatura, posición del sol, estado de luna y un conjunto de otras variables que el baqueano mide y calibra mentalmente, dejando un espacio para la intervención de otros agentes, incluyendo en ello a sus animales de monta y carga, cuyo andar también colabora en la marcación de dichas decisiones (Foto 8). Al respecto, observamos interesantes liderazgos entre caballares, donde, por ejemplo, una yegua montina, puede ser la que “moviliza” toda una caravana, al tiempo que sus seguidores no traspasan sus límites ni siguen a sus domadores humanos a menos que ella lo consienta (Razeto, 2016, p. 251). Juan Alfaro habla de “caballo baqueano”, al referirse al conocimiento que este tiene de la relación tiempo/espacio y de las condiciones imperantes para determinada situación. Incluso observamos en algunas expediciones complejas, sea por premura estacional, distancia programada o grado de dificultad de la travesía, que el capataz de la expedición opta por montar una “yegua líder”, compartiendo los liderazgos, teniendo la caravana una asegurada sintonía entre sus componentes, estableciendo una secuencia donde cada animal sigue a otro y la expedición se mueve de manera conjunta, cual tren en movimiento cuyos vagones no se superponen ni desordenan.

Lo anterior evidencia que en las montañas, las secuencias de movilidades no son aleatorias y por lo tanto los paisajes conformados por caravanas responden a criterios ordenadores, que pareciendo irregulares y flexibles, nunca plenamente consolidados, responden a construcciones culturales compartidas por el conjunto de participantes (Razeto, 2016).

### ***Antropoceno evidente***

Las comunidades arrieras, habitantes continuas de estas montañas, se ven hoy forzadas a redefinir sus movibilidades en función de los procesos de transformación que enfrentan. Su movilidad clásica se reordena encontrando expresiones que, aunque de escala más reducida, se pluralizan en términos de su relación con el medio. Sus sentidos de arraigo, tradición y soberanía se confrontan con la intervención extractivista, la presión modernizadora y las variaciones en los regímenes hídricos producto del cambio global. Su comprensión puede ser establecida tanto como expresiones adaptativas, o bien como comportamientos resilientes.

Dado que el antropoceno no se restringe a una definición geológica en la que de modo genérico se identifica la acción antrópica como la fuerza del cambio, conviene asumirlo en clave histórica, como período de transformaciones planetarias que incluyen dimensiones culturales y naturales. Es, en este sentido, un escenario que constituye una “oportunidad para superar la división temporal, ontológica, epistemológica e institucional entre naturaleza y cultura que ha dado forma a la visión del mundo occidental desde el siglo XIX” (Trischler, 2017, p. 42). Así, comprendemos el antropoceno como concepto asimilado culturalmente, relativo a las percepciones ambientales cambiantes de esta época.

Más allá de la controversia de si se trata de un fenómeno exclusivamente relacionado al desarrollo industrial o si su origen se vislumbra en los tiempos del neolítico (Trishler, 2017; Cometti, 2020), para este caso sus efectos evidentes se relacionan con el reconocimiento de un progresivo periodo de escasez hídrica, que combina factores climáticos derivados a una megasequía que persiste cinco décadas, pero que se intensifica durante los últimos 10 años. Factores políticos y económicos como la neoliberalización de las aguas durante la dictadura (1981), permiten la disociación comercial de las aguas respecto a la tierra, potenciando el desarrollo extractivista de la industria minera, hidroeléctrica y agricultura industrial (Budds, 2013). Hoy en Chile no se habla de sequía, sino de saqueo.

El concepto de antropoceno adquiere mayor interés para la antropología, en la medida que es analizado desde enfoques ontológicos no naturalistas, como describe Cometti (2020, p. 6) al estudiar las explicaciones asignadas por los Q'ero en los Andes peruanos, que asumen cierto grado de responsabilidad respecto de algunas transformaciones climáticas y atmosféricas verificadas en su entorno reciente. Desde una óptica científica occidental, las responsabilidades deben ser asumidas por los grandes países industrializados que más han contribuido en la liberación del carbono fósil. No obstante, las observaciones de Cometti tensionan el argumento en la medida que el pueblo Q'ero, a través de ejercicios rituales relacionados con los glaciares, parece comprender la complejidad que implica asumir ciertos grados de responsabilidad en los acontecimientos ambientales que les afectan. Actitud más que notable y diferencialmente opuesta a las percepciones generalizadas instaladas en Occidente, algunas negacionistas y otras donde las causas de sus problemas ambientales son referidas a países dominantes y sus gobernantes, eliminando toda posibilidad de responsabilidad en el origen, como de participación en algún grado de enmienda. Para el caso que nos ocupa, las comunidades ganaderas no se encuentran exentas de esta influencia generalizada. No obstante, hemos podido observar ciertos esbozos vinculantes, sino en las causas, al menos en las opciones que el futuro les depara, conscientes que la inacción es la peor opción para enfrentar los actuales escenarios cambiantes.

### ***Vidas alteradas, trashumancia modificada***

Las comunidades de la zona de estudio son conscientes de las amenazas relacionadas con el cambio climático y la industrialización. Las continuas sequías acumuladas por décadas han marcado sus economías de manera crítica, al punto de ver reducidas sus masas ganaderas. Sus efectos son plausibles de observar en una vegetación esclerófila, propia del semiárido, que progresivamente cede a la falta de aguas y despuebla las serranías bajas y quebradas de la zona, estableciendo un paisaje desgarrador. Por su parte, los pastos no verdean y las vegas altoandinas reducen sus coberturas vegetacionales y flujos de agua, mermando el alimento para los animales.

A esa megasequía se agregan las intervenciones industriales relacionadas con la minería, la generación eléctrica y las plantaciones de monocultivos en los valles, constatándose durante los últimos 30 años la activación de iniciativas industriales (Foto 9 y 10). Para el caso de Río Colorado, destacan la minera aurífera Pimentón, las exploraciones cupríferas de Angloamerican y Codelco. Sobre la cuenca del río Aconcagua se verifican seis centrales hidroeléctricas de paso consecutivas (Hornitos, Juncalito, Juncal, Blanco, Los Quilos y Chacabuquito) gestionadas por la megaempresa Colbún. En la cuenca del río Putaendo se constata la existencia del embalse Chacarrillas y las exploraciones de gran minería Viscachitas, por parte de la Multinacional Andes Cooper. Para Jahuel y Campos de Ahumada se identifica pequeña y mediana minería de cobre, pero su mayor problemática refiere a las extracciones de las escasas aguas de sus cursos naturales, con fines de agricultura frutícola industrial. De esta manera se configura un escenario de intervenciones extractivistas que, a pesar de la vastedad de los territorios involucrados, establecen presencias y generan influencias sobre las vidas y prácticas agrícolas y ganaderas de las comunidades analizadas.



**Foto 9: Central hidroeléctrica Los Quilos. Río Colorado, 2019. Fuente: J. Razeto**

**Foto 10: Tendido eléctrico minera en Las Gualtatas, 2019. Fuente: J. Razeto**

La combinación de una prolongada crisis hídrica y la avanzada extractivista merman las posibilidades de una actividad económica cuyo declive años atrás ya había constatado Ximena Aranda (1970). En sus trabajos sobre la trashumancia aporta antecedentes en la medianía del siglo pasado, respecto de la magnitud y características de la ganadería en la zona. La autora establece que la ganadería de trashumancia permite desarrollar la masa ganadera con disponibilidad de pasturas durante varios meses, reduciendo de esta manera la presión de los potreros y sistemas ganaderos del valle. Advierte en esa época, acerca de la precariedad del sistema y la dudosa posibilidad de lograr dividendos económicos, especialmente para los medianos y pequeños ganaderos. El porcentaje de pérdida supera el 30% en los años

de sequía y se acerca al 10% en los años normales, teniendo como requerimiento viajes que oscilan entre los 15 a 20 días para subir los animales y algunos menos para bajarlos. En números, la cifra total de ganado mayor que realizaban veranadas registrada en las estadísticas disponibles para el valle del Aconcagua alcanzaba unas 102.000 cabezas de ganado promedio anual entre los años 1960 y 1979 (Aranda, 1970). Para el año 2007, se contabiliza la cantidad de 55.821 cabezas de ganado, mientras en 2013, la cifra baja a 46.931, con una disminución promedio de 19 % en tan solo 6 años (Razeto, 2016). Las estimaciones que realizan los propios comuneros indican que durante la temporada 2014-2015, las veranadas no suman más de unas 4.000 cabezas de ganado entre todos, cantidad aún reducida por la crudeza de la sequía de los años 2019-2021, que los hace reconocer que en total no sobrepasan las 2.000 cabezas de ganado vacuno en la misma zona. Ello evidencia la abrupta reducción experimentada, alcanzando hoy cerca del 4% de lo que fuera en los años de apogeo ganadero de los siglos anteriores.

Evidentemente se trata de una actividad decreciente con riesgo de desaparecer, no obstante, los arrieros de la zona mantienen estas actividades incluso a sabiendas que los beneficios económicos no existen, o incluso significan costos adicionales que superan los ingresos. ¿Por qué los arrieros mantienen estas prácticas a pesar de su precariedad? Algunos relatos colaboran en la explicación:

La vaca nosotros decimos que es una entretención ... pues en el fondo no dan... Estos años hemos estado invirtiendo en pasto el resto del año y si seguimos es que nos gusta la cuestión no más. Un viejo dice, que saca uno con andar por los cerros y después uno le dice, quien te manda a ir entonces, no te podís quejar. (Rubén Muñoz, arriero de Jahuel)

“Es más una tradición que una necesidad de tener animales”, coincide don Guillermo Ibaceta. “Nosotros no vivimos de esto, no vivimos de las vacas, más bien las vacas viven de nosotros [sonriendo]”, complementa Domingo Contreras, arriero Campos de Ahumada. Evidentemente las razones fundamentales por las que estos ganaderos continúan con la tradición arriera trashumante no responden a una racionalidad económica, contraviniendo las convicciones del modelo dominante en Chile donde galopa sin freno el neoliberalismo. Refrendando lo señalado por don Rubén, Pamela Silva -hija, nieta y bisnieta comunera de Jahuel- afirma que, en relación con el rebaño de ovejas que les legara su padre:

(...) nosotros hemos estado a veces, con ya deseos de terminarlas, de no tenerlas, pero igual se genera al final como una pena de querer perder algo, que igual nos significa a todos que tenemos que estar aportando para mantenerla. (Pamela Silva)

Literalmente se trabaja para mantener los animales sin recibir beneficios económicos por ello.

En otro sentido, los arrieros han sido bastante explícitos en manifestar que el trabajo en las montañas es excesivamente rudo y agotador, lo que de manera tal vez inconsciente, ha generado un desinterés en las generaciones más jóvenes por continuar la tradición familiar ganadera. No obstante, por medio de la observación directa, podemos acreditar la permanente presencia de jóvenes, preferentemente hombres, participando activamente en las faenas asociadas al manejo ganadero, incluyendo largas travesías durante las veranadas. Es obvio que en la medida que reducen las masas ganaderas, ha mermado también la cantidad de arrieros vinculados a ella, pero los ejercicios de socialización y de aprendizaje siguen plenamente

vigentes. Las caravanas incluyen rituales de iniciación en los términos similares a los experimentados por los antiguos arrieros (Razeto, 2016, p. 158), por lo que los paisajes montañoses mantienen su presencia como personaje icónico.

### *Nuevas movilidades*

Las transformaciones observadas alteran la vida comunitaria y la arriería, especialmente porque comparten los mismos territorios. La merma de forraje en zonas altas, la vegetación arbórea depreciada en zonas bajas, la reducción de los caudales hídricos en las subcuencas, la usurpación y contaminación de las aguas, marcan un escenario que obliga a los ganaderos a modificar algunos de sus formatos intentando mantener su centralidad.

Una de las mayores preocupaciones hace referencia al colectivo, pues entienden que de ello depende su existencia. “Aunque cada año seamos menos, tenemos que seguir juntos no más” (Hugo Arancibia), “arriba no voy sólo ni llorando” (Rubén Muñoz); “el rodeo para mí es todo, aunque uno termina muerto [de cansancio], la felicidad que se siente en el grupo es muy grande” (Ricardo Figueroa). La expresión de una insoslayable práctica colectiva queda de manifiesto en la afirmación de Rufino Vásquez (Río Colorado) “imposible solo, imagínese cuando uno va a encontrar los animales de uno, y cómo uno no va a arrear los animales de los otros, imagínese el desastre grande”. De esta manera la lógica del colectivo expresa con claridad la esencia de la trashumancia, orientada a la alimentación continua del ganado, pero que sin duda la trasciende.

Muy vinculado al colectivo, aparece el sentido existencial que implica la arriería, asociada siempre a la presencia animal: “La vida ya no sería la misma, sería triste sin los animales” (Rufino Vásquez). “Si da pena verlos flacos [a los animales], pero cómo voy a terminarlos, no ve que han estado siempre conmigo, si casi nos criamos juntos”, (Tito Alfaro). Sentido existencial que se acopla al sentido identitario. “Si las cosas están difíciles, es difícil tener animales, que no se mueran, que no se pierdan, pero así es la vida” se conforma Casimiro Vásquez. “Quizá qué sería de mí si no fuera ganadero, quizás camionero no más, pero no podría andar por los cerros... no sería feliz”, concluye Ricardo Figueroa.

Y es que su sentido de existencia se encuentra estrechamente ligado a sus cordilleras, como habitualmente las mencionan en plural, en la medida que cada zona cordillerana, tiene geografía e identidad propia. Sin embargo, al tener menos animales, también las travesías han disminuido y las distancias se han acortado, reduciendo su universo montañoses. “Ahora los animales no pasan del Rocín [río Putaendo], pero antes llegaban hasta Combarbalá [río Choapa], imagínese los piques grandes, era lindo ir a buscarlos allá de lejos, pero ya casi no” (Tito Alfaro). “Antes, la entra [rodeo de subida] podía durar la quincena a veces, pero ahora lo hacemos rapidito, en cuatro o cinco días ya estamos de vuelta, lo mismo la saca [rodeo de salida]” (Hugo Arancibia); “años que no voy pa’ los Riecillos, ni pa’ la casa de piedra, años” (Carlos Farias).

Otra reducción notable de las movilidades se registra desde hace algunas décadas, en el sentido de que, si bien los arrieros baqueanos conocen de sobra los pasos transcordilleranos entre Chile y Argentina, progresivamente los han abandonado por sus crecientes riesgos. Fue durante las dictaduras de los años 80, que los respectivos gobiernos establecieron fronteras vigiladas por militares, instalando



escenarios de miedo que calaron hondo en las movilidades arrieras. Las visitas a familiares y amistades del otro lado de la frontera, así como algunos residuos furtivos del antiguo comercio se hicieron menos habituales. Complementariamente, la norma prohibitiva de paso de vacunos, por el riesgo de contraer fiebre aftosa, completaron un escenario de abandono de las travesías transcordilleranas, aunque cada cierto tiempo, recibimos la noticia soterrada, de algún grupo de aventureros, que transitaron alguna de esas antiguas rutas, aunque sea sólo por el gusto de hacerlo, afirman.

También constatamos que la identificación con las montañas parece trascender la mera significación de pertenencia, sino que en algunos casos alcanza sentidos de interdependencia, donde aflora la responsabilidad respecto de sus territorios. Las afectaciones que observan respecto de sus cordilleras, entienden que los afectan a ellos; de la misma manera que ellos tienen incidencia también sobre las montañas. En el caso particular de Jahuel, el vínculo identitario aparece ligado a la laguna Copín, orgullo de la comunidad. Los comuneros la visitan y hablan frecuentemente de ella, atesorando historias locales en las fiestas familiares, destacando que la laguna los une "... si la laguna se va secando... nosotros nos vamos muriendo" afirma don Segundo Chávez" (en Razeto, 2016, p. 241). En una entrevista reciente con el mismo arriero, pudimos comprender que su relato incluye también un sentido inverso; al explicarnos que si ellos abandonan la arriería, si dejan de visitarla, si no la defienden de proyectos mineros o hidráulicos, la laguna se secará definitivamente, en un trance que parece estar ocurriendo y que los llena de desazón. Sentido de responsabilidad que los ha movilitado hacia otros escenarios, a los de la burocracia y los alegatos "leguleyos", a contratar abogados para oponerse a determinadas faenas, costas incluidas, a solicitar que el Estado proteja sus tierras y cursos de agua, porque de esa manera se protegen también ellos, evidencia del sentido de interdependencia y correspondencia mutua. Incluso han realizado algunas acciones de fuerza, como "tomas" de caminos y alguna aislada quema de maquinaria. Podemos aquí registrar signos con grados de similitud a aquellos observados por Cometti (2020). Los alcances de esta responsabilidad los llevó a conseguir que 6.740 hectáreas, correspondientes aproximadamente al 80% de su propiedad, fueran reconocidas por el Estado de Chile bajo la categoría de Santuario de Naturaleza. Ello no implica ceder su soberanía legal, pero sí asumir las tareas y obligaciones implicadas.

Si bien los comuneros entienden que las mayores amenazas sobre sus territorios montañoses provienen de la intervención industrial, también reconocen que les aporta algunos beneficios. Uno de estos componentes que incide directamente sobre sus pautas de movilidad refiere a los caminos industriales que las mineras han abierto. En Chile, los derechos mineros tienen supremacía sobre otros derechos, de manera que las comunidades son presionadas a otorgar servidumbres camineras en sus propiedades; a cambio de ciertas sumas de dinero que para algunas familias es considerado relevante, aunque para las empresas resulta gasto menor. Más allá del aspecto monetario, los caminos importan novedades en el paisaje de montaña, siendo común la circulación de maquinaria y camiones de gran tonelaje que intervienen la apacible vida cordillerana con sus desperdicios y alteraciones. No obstante, también trae aparejados beneficios para la práctica ganadera. "Ahora hasta subimos en camión a veces, para llevar los aperos y comidas, en un rato estamos arriba, no ve que las mineras nos hicieron caminos" (Casimiro Vásquez). "Si pues, nos ahorramos harta carga de mulas gracias a las mineras también" (Ricardo Arancibia). "El año pasado [2018] tuvimos que bajar los animales en camiones, porque las vacas estaban flacas,

flacas, puro hueso no más... las salvamos así” (Tito Alfaro). De esta manera, las movilidades arrieras van ocupando posiciones relativas y cambiantes en la trama de tensiones que los envuelven, incluyendo la posibilidad de aprovechar oportunidades del “progreso” industrial.

Los cambios en las movilidades se aparejan con transformaciones territoriales y valoraciones del paisaje local. La restricción impuesta al pastoreo de montaña ha influido en nuevos modos de habitarla, abriéndose a una incipiente presencia femenina en las prácticas arrieras. En perspectiva histórica, las faenas de ganado mayor han sido de exclusividad masculina, conformando un mundo arriero no exento de misoginia, marcando la pauta de tradiciones culturales, aventuras, leyendas y relatos, al que las mujeres campesinas han accedido de manera mediada, y por lo tanto también sesgada (Ríos, 2021; Valdés, 2021). Elisa Ibaceta relata que cuando niña, envidiaba a sus primos y hermanos que participaban en veranada, pero cuando ella quiso ir se le indicó que no era aconsejable. El testimonio de Pamela Silva da cuenta de estas transformaciones: “prepararle las bolsitas donde tenía que llevar el azúcar, el té, todo lo que llevaban, la alimentación, eso lo hacía la mujer... pero ahora ya, por el hecho de que la gente ya llega en vehículo, hay ciertas comodidades que uno tiene allá”. Ella agrega que en el campamento “tenemos también como un horno que se hizo y ahí se cocina también; se puede hacer el pan, se pueden hacer otras cosas que antes había que llevarlas”.

En los últimos años es posible observar una mayor presencia de mujeres jóvenes pertenecientes a familias comuneras, participando de manera directa en faenas de rodeo, o incluyéndose en modalidad de aprendices en algunas travesías hacia las altas montañas.

La emergencia de nuevos liderazgos femeninos da cuenta de un protagonismo que es necesario profundizar en futuras investigaciones. Subyace a ese protagonismo, la actividad de las mujeres que históricamente hizo posible la arriería de los hombres. Los animales menores, cultivos, huertas, preparación de viandas, tejido, ameritan ser profundizados, pero, en términos de los propósitos de este artículo, bástenos con señalar que las transformaciones inducidas por el cambio global han reposicionado el papel de los géneros, visibilizando para las mujeres el mundo de los hombres y para los hombres el de las mujeres.

### ***Consideraciones finales***

Los valles bajos plantean otras posibilidades y desafíos para la práctica ganadera, siendo la fragmentación de los campos, por presencia de sucesiones, compradores externos e impactos de actividades extractivas un peligro mayor. El antídoto a esta amenaza se encuentra en la tenencia colectiva de la tierra, la que se ve reforzada por al menos tres aspectos: la lucha por su defensa, la rentabilización de tierras marginales y las iniciativas de conservación. La rentabilización de las tierras marginales ha sido un fuerte estímulo para la participación de comuneros y/o herederos en las asambleas comunitarias reforzando la tenencia colectiva. Algunas actividades rentables como arriendo de tierra para secado de frutos (pasas), arriendo a largo plazo a plantas solares industriales para la generación de energía eléctrica o instalación de antenas para empresas de telecomunicación. Aun cuando se trata de usos alternativos de tierra marginal, tienen impactos sobre la movilidad porque restringen el espacio de tránsito y demandan trabajo de apoyo de arrieros y animales.

Asimismo, los reportes de conservación de la biodiversidad de algunas ONG's y los estudios científicos resultantes de evaluación de impactos ambientales han comenzado a influir en la perspectiva de los arrieros: nuevas generaciones, familiarizadas con estos conceptos se abren a ciertas conexiones cognitivas no objetivables con anterioridad relativas a la flora y fauna local. Los movimientos ambientalistas y particularmente los animalistas, les han obligado también a modificar ciertos comportamientos de manejo animal, los cuales con el correr del tiempo se han normalizado, como por ejemplo el reemplazo de las tradicionales marcas a fuego por inocuos crotales plásticos.

Los cambios en las condiciones climáticas y las iniciativas de conservación han modificado también la correlación de fuerzas entre el ganado y los animales montañoses clásicos como el puma (*Puma concolor*) y el guanaco (*Lama guanicoe*). Históricamente estos han sido perseguidos y cazados por los arrieros, por ser considerados depredadores (los primeros) y apetecidos (los segundos). Durante los últimos años, ha sido posible verificar un cambio relacional, una valoración como seres cordilleranos e incluso cierta identificación como especies con las cuales comparten los principios de soberanía, asimilando de alguna manera a arrieros, guanacos, pumas y vacas (Razeto, 2016). Observamos indicios de nuevas posibilidades de interpretación ontológica con altas proyecciones para una antropología de las montañas.

Cerramos estas reflexiones con dos aspectos novedosos. Uno refiere al incipiente reconocimiento de las mujeres en las prácticas arrieras. Siendo una realidad marginal que no puede ser asumida como tendencia, abre un campo de estudio relativo a las movilidades arrieras. Así el concepto mismo de movilidades amerita ser profundizado no sólo en términos del desplazamiento de ganado y arrieros, sino que del de mujeres que lo hacen posible. Del mismo modo, la presencia incipiente de mujeres en el ámbito decisorial de las comunidades obliga a replantear los marcos de referencia empleados para observar los procesos políticos vividos en el territorio, especialmente por el liderazgo que asumen en las organizaciones comunitarias. Finalmente, parece interesante abrir un espacio de observación en las dinámicas relacionales con los animales y vegetales, influidos por conceptos como los de vida silvestre, conservación de biodiversidad, flora y fauna. A través de este lente se visibilizan las relaciones entre los arrieros y los otros seres vivos con los que han interactuado durante siglos; sean estos de carácter laboral o de simple convivencia, donde la diferenciación entre nativos (autóctonos) y exóticos (alóctonos) no ha sido tema sino hasta las últimas décadas. No obstante, sea por procesos educativos o por influencias del medio social, estas categorías diferenciales han comenzado a ser parte de su lenguaje y, de esta manera, a participar de manera diferente de las relaciones verificables localmente; quedando para otra instancia profundizar en las relaciones interespecies (Haraway, 2014).

Es justamente la perspectiva de una antropología de montañas, que nos ha motivado a profundizar en las movilidades arrieras, antiguas y nuevas, en tanto conectores espaciotemporales de una realidad que muestra trazas de decaimiento y de manera simultánea se renueva y niega a desaparecer. Posiblemente sea esa condición de permanente movilidad aquella que fortalece las capacidades de resistencia (Maffesoli, 2004). Hemos hablado de arrieros del siglo XXI, sucesivos herederos de arrieros del siglo XVIII, que en permanente movilidad, han sabido y siguen sabiendo, adaptarse a las modificaciones y presiones del antropoceno, aquellas climáticas y aquellas propias del llamado “progreso”, así como a las pérdidas que

implican las inevitables transformaciones del paisaje, las variaciones demográficas de despoblamiento y renovación de población local, así como las transiciones educacionales que dinamizan estos escenarios culturales. Estas realidades se han forjado a través de la reconversión productiva, de defensa de aguas y territorios, de señas de etnogénesis y de iniciativas de conservación socioambiental. Las transformaciones en las movilidades de los arrieros nos ofrecen una sugerente posibilidad de conocer, analizar y comprender las capacidades adaptativas a los desafíos de habitar la montaña en períodos de profundas transformaciones climáticas, socioeconómicas y culturales. Mientras tanto, los arrieros de Aconcagua continúan su habitar móvil y siguen participando activamente en la construcción de paisajes cuya temporalidad y espacialidad se encuentra en permanente redefinición, colaborando también con una antropología movilizadora, tras relaciones inclusivas, simbióticas y amorosas entre naturaleza y cultura.

### **Bibliografía**

- Aranda, X. (1970). Algunas consideraciones sobre la trashumancia en el Norte Chico. *Investigaciones Geográficas*, 20, 141-169.
- Baraona, R., Aranda, X., Santana, R. (1961). *Valle de Putaendo: estudio de estructura agraria*. Instituto de Geografía. Universidad de Chile.
- Bengoa, J., (1988). *El Poder y la Subordinación: Historia Social de la Agricultura Chilena*. Ediciones SUR.
- Budds, J. (2013). Water, Power, and the Production of Neoliberalism in Chile, 1973–2005. *Environment and Planning D: Society and Space*, 31(2), 301-318. <https://doi.org/10.1068/d9511>
- Cometti, G. (2020). El Antropoceno puesto a prueba en el campo: cambio climático y crisis de las relaciones de reciprocidad entre los q'ero de los Andes peruanos. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 38, 3-23
- Crutzen, P., & Stoermer, E. (2000). The Anthropocene. *Global Change News Letter*, 41, 17-18.
- Escolar, D. (1996). Prácticas espacio – temporales, poder e identidad entre los baqueanos de los Andes Sanjuaninos. *Cuadernos Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento latinoamericano*, 17, 19-37.
- Gudynas, E. (2009). Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. En J. Schuldt, A. Acosta y A. Barandiarán (Eds.), *Extractivismo, política y sociedad*, (pp. 187-225). Centro Andino de Acción Popular.
- Haraway, D.J. (2014). *Manifiesto para cyborgs*. Puente Aéreo.
- Lacoste, P. (2008). El arriero trasandino y el transporte terrestre en el Cono Sur (Mendoza, 1780-1800). *Revista de Indias*, 68(244), 35-68

- Maffesoli, M. (2004). *El Nomadismo: vagabundeos iniciáticos*. Fondo de Cultura Económica.
- Michieli, C.T. (1992). *Tráfico transcordillerano de ganado y acción de los indígenas cuyanos en el siglo XVII*. Instituto de Arqueología y Museo U.N.S.J.
- Moore, J. (2016). Anthropocene or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism. En J. Moore (Ed.), *Anthropocene or Capitalocene?* (pp. 1-11). Kairos, PM Press.
- Pazzarelli, F., & Lema, V. S. (2018). Paisajes, vidas y equivocaciones en los Andes Meridionales (Jujuy). *Chungará*, 50(2), 307-318.
- Portillos, L. (2014). Extractivismo clásico y neoextractivismo, ¿dos tipos de extractivismos? *Revista Tendencias*, 15(2), 11-29.
- Razeto, J. (2016). *Comunidades, Lugares y Paisajes en las Montañas Andinas de Aconcagua en Chile Central* (Tesis Doctoral). Universidad Nacional de Cuyo.
- Razeto, J., Catalán Martina, E. y Skewes Vodanovic, J. C. (2019). Soberanía territorial, conservación ambiental y comunidades de campo común en Chile central. *Polis* (Santiago), 18(54), 75-89.
- Ríos, M. (2021). *Paisajes generizados: estudio de la experiencia del paisaje del pastoreo de cabras en Río Hurtado* (Tesis de Grado). Universidad de Chile.
- Sapaj, G. (sf). *Topologías de Corral: una aproximación de actor-red al sistema ganadero trashumante en la cordillera norte de Aconcagua*.
- Skewes, J. C. (2019). *La regeneración de la vida en los tiempos del capitalismo: Otras huellas en los bosques nativos del centro y sur de Chile*. Ocho Libros.
- Skewes, J. C., Guerra, D. E., & Henríquez, C. (2014). Patrimonio y paisaje: Dos formas de ensamblar naturaleza y cultura en la cuenca del río Valdivia. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, 46(4), 651-688.
- Solís de Ovando, J. (2004). *Normativa Legal de las Comunidades Agrícolas: análisis crítico del DFL n° 5 de 1968 Ministerio de Agricultura*. GIA.
- Trischler, H. (2017). El Antropoceno, ¿un concepto geológico o cultural, o ambos? *Desacatos*, 54, 40-57.
- Tsing, A. L. (2015). *The mushroom at the end of the world: On the possibility of life in capitalist ruins*. Princeton University Press.
- Valdés, N. (2021). *Narrando desde el(los) género(s): relatos y prácticas en torno a los patrimonios culturales de Alicahue y Los Perales, Valparaíso, Chile* (Tesis de Magister). Universidad de Chile.



© Copyright Jorge Razeto, Isidora Lea-Plaza y Juan Carlos Skewes, 2022

© Copyright *Quaderns de l'ICA*, 2022

Fitxa bibliogràfica:

Razeto, J., Lea-Plaza, I. y Skewes, J.C. (2022). Arrieros del Antropoceno en los Andes de Chile central: nuevas movilidades para continuar habitando las montañas. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, 38 (2), 327-348 [ISSN 2385-4472].